

# La Venus de las pieles

LEOPOLD VON SACHER-MASOCH

ILUSTRACIONES DE MANUEL MARSOL

TRADUCCIÓN DE

ELISA MARTÍNEZ SALAZAR



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Titulo original  
*Venus im Pelz*

Primera edición: 2016

Ilustraciones

© MANUEL MARSOL, 2016

A Carmen, que es *shiny, shiny*.

Traducción

© ELISA MARTÍNEZ SALAZAR

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión

COFÁS

ISBN: 978-84-16677-16-0

Depósito legal: M-32750-2016

Impreso en España



«Dios lo castigó y lo puso en manos de una mujer».

Libro de Judit, cap. 16, vers. 7

Me encontraba en grata compañía.

Frente a mí, junto a la monumental chimenea renacentista, se hallaba sentada Venus; no, por cierto, una cortesana que con ese nombre hiciese la guerra al sexo enemigo, cual *mademoiselle* Cleopatra, sino la auténtica diosa del amor.

Sentada en el sillón, había encendido un fuego crepitante cuyas rojas llamas se reflejaban lamiendo su pálido rostro de ojos blancos y, de vez en cuando, sus pies, cuando trataba de calentarlos.

Su cabeza era maravillosa pese a sus muertos ojos de piedra, pero esto era todo lo que veía de ella. La venerable mujer había envuelto su cuerpo marmóreo en un gran abrigo de piel y, temblando, se había arrebujado en él como una gata.

—No comprendo, señora —protesté—, realmente ya no hace frío, tenemos desde hace dos semanas la más espléndida de las primaveras. Salta a la vista que está usted nerviosa.

—Agradezco su primavera —dijo con voz grave, pétrea, y a continuación estornudó de un modo celestial dos veces seguidas—; realmente no puedo soportarlo y empiezo a entender...

—¿El qué, señora?

—Empiezo a creer lo increíble, a comprender lo incomprensible. Entiendo de golpe la virtud de la mujer germánica y la filosofía alemana, y ya no me sorprende que ustedes en el norte no sepan amar, que no se hagan ni siquiera una idea de lo que es el amor.

—Permítame, *madame* —repuse irritado—, ciertamente no le he dado ningún motivo...

—Bueno, usted... —La divina criatura estornudó por tercera vez y se encogió de hombros con una gracia inimitable—. A cambio siempre he sido magnánima con usted e incluso vengo a visitarlo de vez en cuando, aunque me acatarro siempre enseguida a pesar de todas las pieles que llevo encima. ¿Recuerda todavía nuestro primer encuentro?



—Cómo podría olvidarlo —dije—, entonces tenía usted abundantes rizos morenos y ojos marrones y la boca roja, pero la reconocí de inmediato por la forma de su cara y por esa palidez de mármol. Siempre llevaba un chaquetón de terciopelo violeta guarnecido con piel de ardilla.

—Sí, usted estaba completamente enamorado de esa prenda, y con qué facilidad aprendía...

—Usted me enseñó lo que es el amor, el alegre culto que usted profesaba me hizo olvidar dos mil años de historia.

—¡Y lo fiel que yo le era no tiene igual!

—Bueno, en lo que respecta a la fidelidad...

—¡Ingrato!

—No le quiero hacer ningún reproche. Es usted una mujer ciertamente divina, pero mujer al fin y al cabo, cruel en el amor como toda mujer.

—Usted llama cruel —replicó vivaz la diosa del amor— a lo que es justamente la esencia de la sensualidad y del amor alegre, a lo que constituye la misma naturaleza de la mujer: entregarse cuando ama y amar todo aquello que le gusta.

—¿Acaso existe para el amante una crueldad mayor que la infidelidad de su amada?

—¡Bah! —repuso ella—. Somos fieles mientras amamos, pero ustedes exigen de la mujer fidelidad sin amor y entrega sin placer. ¿Quién es entonces cruel, la mujer o el hombre? En el norte se toman el amor demasiado en serio, le dan demasiada importancia. Hablan de deberes cuando la cuestión debería ser tan sólo el goce.

—Sí, *madame*, pero a cambio también tenemos sentimientos muy respetables y virtuosos, y relaciones duraderas.

—Y, sin embargo, esas ansias eternamente vivas, eternamente insatisfechas de paganismo desnudo... —intervino *madame*—; pero ese amor que constituye la más alta felicidad, la divina alegría, no les sirve a ustedes los modernos, hijos de la reflexión. Les trae infortunio. *En cuanto quieren ser naturales, se vuelven ordinarios*. La naturaleza se les presenta como algo hostil; de nosotros, dioses risueños de Grecia, han hecho demonios; a mí me han convertido en una diablesa. Solamente me pueden conjurar y maldecir, u ofrecerse a sí mismos en sacrificio ante mi altar en un delirio báquico, y con que uno de ustedes haya tenido el valor de besarme en la boca una sola vez, peregrina por ello descalzo y

con cilicio a Roma y espera que florezca el seco cayado, mientras bajo mi pie brotan a cada hora rosas, violetas y mirtos, pero a ustedes no les llega su aroma. Permanezcan envueltos en su niebla nórdica y en su incienso cristiano, déjenos a los paganos descansar bajo los escombros, bajo la lava, no nos desentierren, no fueron construidos para ustedes Pompeya, nuestras villas, nuestras termas, nuestros templos. ¡Ustedes no necesitan dioses! ¡Nosotros nos congelamos en su mundo! —La bella dama de mármol tosió y se ciñó todavía más las oscuras pieles de marta cibelina.

—Agradecemos la lección de clasicismo —repliqué—, pero no puede negar que hombre y mujer son enemigos por naturaleza tanto en su soleado y alegre mundo, como en el nuestro, neblinoso; que el amor, a corto plazo, los une en un solo ser capaz de un único pensamiento, un sentimiento, una voluntad, para enemistarlos después aún más y, como usted sabe mejor que yo, quien entonces no sea capaz de subyugar al otro, sentirá demasiado pronto su pie sobre la nuca.

—Y, de hecho, por regla general, es el hombre quien siente el pie de la mujer —exclamó la señora Venus con arrogante sarcasmo—, como usted sabe mejor que yo.

—Lo sé y precisamente por eso no me hago ilusiones.

—Eso significa que ahora es usted mi esclavo sin ilusiones y por ello voy a pisotearle sin compasión.

—¡*Madame!*

—¿Es que no me conoce? Sí, soy *cruel*, ya que encuentra tanto placer en la sola palabra, ¿y no tengo derecho a serlo? El hombre es quien desea; la mujer, la deseada: ésta es la única ventaja, si bien decisiva, de la mujer. Por medio de la pasión del varón, la naturaleza lo ha abandonado en manos de la hembra y no es inteligente la mujer que no sepa convertir al hombre en su súbdito, su esclavo, su juguete, para finalmente traicionarlo entre carcajadas.

—Sus principios, señora... —objeté indignado.

—Se basan en una experiencia milenaria —repuso *madame*, burlesca, mientras sus dedos blancos jugueteaban con las pieles oscuras—. Cuanto más entregada se muestre la mujer, más rápido el hombre se volverá frío y autoritario; pero cuanto más cruel e infiel le sea, cuanto más lo maltrate, cuanto más impíamente juegue con él, cuanto menos misericordia muestre, tanto más excitará la lujuria del hombre, tanto

más amada y adorada será por él. Así ha sido en todos los tiempos, desde Helena y Dalila, hasta Catalina II y Lola Montez.

—No puedo negarlo —dije—. No hay nada que pueda atraer más a un hombre que la imagen de una bella, voluptuosa y cruel déspota, que cambie de favorito a su antojo de manera arrogante y despiadada.

—¡Y que además lleve pieles!— exclamó la diosa.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Conozco sus preferencias.

—¿Pero se da cuenta de lo coqueta que se ha vuelto desde la última vez que la vi? —repliqué yo.

—¿En qué sentido, si puede saberse?

—En el de que no podría haber manera más deliciosa de resaltar su cuerpo blanco que con esas pieles oscuras, y usted...

La diosa rio.

—¡Usted sueña! —exclamó—. ¡Despierte! —Y me agarró el brazo con su mano de mármol—. ¡Despiértese de una vez! —Su voz, exageradamente grave, volvió a retumbar. Abrí los ojos con esfuerzo.

Vi la mano que me estaba zarandeando, pero de repente esa mano era morena como el bronce y la voz era la áspera voz aguardentosa de mi cosaco, que se alzaba ante mí con toda su estatura de cerca de seis pies.

—Levántese —continuó hablando el buen hombre—. Es una auténtica vergüenza.

—¿Y por qué una vergüenza?

—Es una vergüenza quedarse dormido vestido y encima con un libro —despabiló las velas casi consumidas y levantó el ejemplar, que se me había caído de la mano—, un libro de... —lo abrió— de Hegel... Además, ya va siendo hora de ir a ver al señor Severin, que nos espera para el té.

—Un sueño extraño —dijo Severin cuando hube terminado. Apoyó los brazos en las rodillas, colocó el rostro entre sus delicadas manos, suavemente veteadas, y se sumergió en sus pensamientos.

Yo sabía que durante un buen rato no se movería y apenas respiraría, y así fue. Su comportamiento no tenía para mí nada fuera de lo común, puesto que lo frecuentaba en buena amistad desde hacía casi tres años y me había acostumbrado a todas sus peculiaridades. Porque peculiar era, eso no se podía negar, pero de ningún modo era el peligroso





loco por el que lo tomaban no sólo sus vecinos, sino todo el distrito de Colomea. Su modo de ser me resultaba, además de interesante —y por eso muchos me consideraban también a mí un poco loco—, simpático en alto grado.

Para tratarse de un noble terrateniente de Galitzia y para su edad —apenas pasaba de los treinta—, mostraba una llamativa sobriedad, cierta seriedad, incluso pedantería. Vivía según un sistema minuciosamente desarrollado, mitad filosófico, mitad práctico, regido, por así decir, por las horas del reloj, pero no sólo eso, al mismo tiempo estaba basado en el termómetro, el barómetro, el aerómetro, el hidrómetro, en Hipócrates, Hufeland, Platón, Kant, Knigge y Lord Chesterfield; sin embargo, a veces sufría violentos ataques de apasionamiento, durante los que parecía ir a darse de cabezazos contra la pared y todo el mundo prefería quitarse de en medio.

Mientras Severin permanecía en silencio, se oía cantar el fuego en la chimenea, cantaban el grande y venerable samovar y la antigua mecedora en la que yo fumaba un puro, balanceándome, y también cantaba el grillo en los viejos muros, y dejé vagar mi mirada por los extraños objetos amontonados en su habitación (esqueletos de animales, aves disecadas, bolas del mundo, moldes de yeso...) hasta que la posé casualmente sobre un cuadro que ya había visto a menudo, pero que justo ese día, con el reflejo rojizo del fuego de la chimenea, me produjo una impresión indescriptible.

Se trataba de un gran lienzo, pintado al óleo con el estilo vigoroso y colorista de la escuela flamenca, cuyo tema era bastante extraño.

Una hermosa mujer, con una sonrisa radiante en su fino rostro y su abundante cabello recogido en un moño al estilo de la Antigüedad, espolvoreado con polvos blancos que lo cubrían como una leve escarcha, descansaba sobre una otomana, desnuda, tapada tan sólo con un oscuro abrigo de pieles y apoyada sobre el brazo izquierdo. Su mano derecha jugueteaba con un látigo, mientras su pie descalzo se apoyaba con descuido sobre el hombre tendido ante ella como un esclavo, como un perro; y ese hombre de facciones afiladas, pero bien formadas, que mostraban una melancolía absorta y una pasión entregada; ese hombre que la miraba desde abajo con los ojos ardientes y exaltados de un mártir; ese hombre, convertido en escabel de los pies de la mujer, era Severin, pero sin barba, unos diez años más joven.

—¡La *Venus de las pieles!* —grité, señalando el cuadro—. ¡Así la he visto en sueños!

—Yo también —dijo Severin—, sólo que yo soñé mi sueño con los ojos abiertos.

—¿Cómo?

—¡Bah! ¡Es una historia tonta!

—Es evidente que tu cuadro ha dado lugar a mi sueño —proseguí—. Pero dime de una vez lo que hay detrás, supongo que ha desempeñado un papel decisivo en tu vida, pero estoy esperando a escuchar el resto.

—Mira ese otro cuadro que forma pareja con el primero —dijo mi extraño amigo, sin entrar a responder a mi pregunta.

Constituía una excelente copia de la famosa *Venus del espejo* de Tiziano conservada en el museo de Dresde.

—Y bien, ¿qué quieres decir?

Severin se levantó y señaló las pieles con las que Tiziano vistió a su diosa del amor.

—Otra *Venus de las pieles* —dijo, sonriendo sutilmente—. No creo que el viejo veneciano lo hiciese con ninguna intención especial. Simplemente retrató a alguna distinguida mesalina, con la cortesía de hacer que el espejo —en el que ella comprueba su atractivo majestuoso con frío deleite— le fuese sostenido por Cupido, a quien la tarea parece suponer bastante esfuerzo. El cuadro es un halago pintado. Más tarde, algún «experto» bautizó a la dama con el nombre de Venus durante la época rococó y las pieles de la déspota, con las que se envolvía la bella modelo de Tiziano más por miedo a un constipado que por castidad, se convirtieron en símbolo de la tiranía y crueldad que subyacen en la mujer y su belleza. Sea como sea, tal y como es el cuadro ahora, se nos aparece como la sátira más picante de nuestro amor. En el norte abstracto, en el glacial mundo cristiano, la Venus debe ponerse pesadas pieles para no enfriarse.

Severin se echó a reír y se encendió otro cigarrillo.

En ese momento se abrió la puerta y entró una rubia guapa y exuberante de ojos inteligentes y amables, con un vestido negro de seda, que nos trajo fiambres y huevos para tomar con el té. Severin tomó uno de estos últimos y lo abrió con el cuchillo.

—¿No te he dicho que los quiero pasados por agua?! —gritó con tal ímpetu que la hizo temblar.









—Pero, querido Severinito... —dijo, medrosa.

—Severinito, ¿qué? —bramó—. Debes obedecer, ¡obedecer! ¿Entiendes? —Y arrancó del clavo la fusta que colgaba junto a sus armas.

La hermosa mujer huyó del aposento rápida y temerosa como una corza.

—¡Espera, aún te pillaré! —le gritó.

—Pero, Severin —le dije, poniéndole la mano en el brazo—, ¿cómo puedes maltratar así a esa hermosa mujercita?

—Mírala —replicó, mientras guiñaba un ojo, divertido—, si la hubiese adulado me habría echado la sogá al cuello, pero así me adora, porque la educo con la fusta.

—¡Anda ya!

—Que sí, así es como hay que adiestrar a las mujeres.

—Por mí puedes vivir como un pachá en tu harén, pero no me formulas teorías...

—¿Por qué no? —exclamó con viveza—. La frase de Goethe «Debes ser martillo o yunque» para nada es más apropiada que para describir la relación entre hombre y mujer; esto también te lo ha reconocido la señora Venus en tu sueño. En la pasión del hombre yace el poder de la mujer, que sabe utilizarlo cuando el hombre no es precavido. Él sólo tiene la opción de ser *tirano* o *esclavo* de la mujer. Nada más entregarse, tendrá ya la cabeza uncida al yugo y sentirá el látigo.

—¡Curiosas máximas!

—No son máximas, sino experiencias —repuso, asintiendo al mismo tiempo con la cabeza—; *he sido fustigado de verdad*, me he curado, ¿quieres leer cómo?

Se levantó y sacó de su escritorio macizo un pequeño manuscrito, que puso ante mí sobre la mesa.

—Me has preguntado antes por aquel cuadro. Te debo una explicación desde hace rato. Aquí está, ¡lee!

Severin se sentó junto a la chimenea, dándome la espalda, y parecía soñar despierto. De nuevo se hizo el silencio y de nuevo cantaron el fuego en la chimenea, el samovar y el grillo en los viejos muros. Abrí el manuscrito y leí:

#### CONFESIONES DE UN SUPRASENSUAL